



“THE BOO DEVILS”

by Loida Díez

I've been running' with the devil / Took my heart and saw it was black /Chasin' 4 some strangers 'til my wallet said goodbye...

Podría ser una encerrona, un botellón clandestino –perdón por la redundancia: ¿los hay no clandestinos?– o una invitación. Sala El Intruso, Malasaña o aledaños, casi tres de la madrugada. Joe, guitarrista de The Boo Devils, esconde, o sujeta, una botella de Bourbon en el bolsillo de su chaqueta, que parece un frac. El cantante, Al, que es mucho más que un cantante –más bien todo un espectáculo–, habla al oído de una jovencita que parece saber más de la cuenta, mientras mira de reojo la botella de Jack Daniels que amenaza con caerse del bolsillo de Joe y armar un revuelo innecesario y muy incómodo. Manu, el contrabajista, también mira de reojo, pero parece no darse por enterado. Solo Diego, el guitarra solista, decide intervenir: saca la botella del bolsillo de su compañero, la mira de arriba abajo y sonríe como si acabara de ganar los cien metros lisos a Usain Bolt. Los demás, que formamos una especie de grupo absurdo, pero queremos participar, nos solidarizamos con Diego y avanzamos hacia él. Sé lo que queréis..., nos dice. ¿Dónde está Viki Larookie?, pregunta alguien. Coche, recoger todo esto, contesta Diego. Echa bourbon en su vaso de cristal y yo le pregunto que de dónde lo ha sacado. Ahí, dice, mirando irónicamente hacia la puerta del local. Reconozco que me siento muy bien cuando la gente comienza a hablar como los indios de las pelis; en ese momento siempre me parece que las cosas son como deben ser y que dejarse llevar tiene algún sentido.

De pronto, luces azules. Policía, Malasaña ya no es lo que era, etc. Algunos bebemos e intentamos hacernos pequeños en los abrigos. Incluso nos damos la espalda para no vernos las caras. Para disimular que disimulamos, alguien silba la melodía de *El Padrino* y los demás sonreímos, escondidos. Aun así, es obvio que bebemos en la calle, junto a una sala de concierto, que hace frío, que son casi las tres y que la cuenta atrás ha comenzado hace un buen rato. Hay que pirarse. Pero se trata de resistir, dice alguien. Estamos rodeados de guitarras enfundadas, de cajas de sonido, de platos que parecen escalones que suben a alguna parte, de pedales, púas... Siempre me he preguntado dónde guardan los guitarristas sus púas. Me animo y se lo pregunto a Diego, que responde: pues no lo sé, pero siempre tengo una.



THE BOO DEVILS

I've been fightin' with my sorrow / Ran away and took my car / Begging for some money 'til my dignity left my mind... / Please, say to me, this one is gonna be free / Please, say to me, the next one is gonna be free

Media hora antes, The Boo Devils tocaban sobre un escenario ante unas cien personas totalmente entregadas. Algunos bailaban, otros sacaban fotos. De vez en cuando, piel de gallina, como durante la maravillosa y escalofriante «Vaudeville Love», tema de su primer disco (Act One), que más que un tema parece una declaración de principios en lenguaje cifrado. *Keep on rockin'*, que dirían algunos. *Just rock and roll*, digo yo. Parece mentira, pero estamos ante un *just rock and roll* que podría provocar vértigo a cualquier nostálgico. No sé si por suerte o por desgracia, pero es cierto que quedan pocos. Podríamos preguntarles a The Boo Devils si lo son, nostálgicos, digo, a ver qué contestan. Pero como oyente y asistente de muchos de sus conciertos, me voy a permitir responder que sí, que claro que lo son. Hablo de la nostalgia del pie que se mueve y en el fondo aspira a salir de su propio círculo pero no se atreve, de la sonrisa entre dos que viene a decir eso tan sencillo de déjate llevar y disfruta. El espectáculo está ahí delante, mira lo que hacen, cómo suenan... Los que saben de esto y, quizá, algunos críticos dirían que The Boo Devils reinterpretan. Puesto que no soy de las que saben, me limito a decir que gracias a dios, o a quien sea, que alguien se atreve a reinterpretar, que menos mal que una banda de rock ha dejado de temer al *rock and roll* y se atreve a decir lo que quiere y tiene que decir: somos así y queremos vivir como lo que somos. *In rock and roll veritas* (la verdad está en el *rock and roll*), dice su lema.

Feel a pale horse in my stomach / A fist aiming at my nose / I don't care about what's coming I don't care about this song... / Desperation is my mistress / Fuck'em dead! I hate you all! / When the loneliness is bitchin' then the devil waits at home...

En efecto, *the devil waits at home*, pero siempre queda la opción de invitar a *the devil* a una copa, a ver qué sale de ahí. Me llamarán ingenua, pero soy de las que pienso que un encuentro directo con el diablo, mano a mano, con bourbon de por medio, es de las experiencias que una debe vivir al menos una vez en la vida. Y siempre se puede disimular y negarlo todo después. Viki está a punto de llegar con su coche, pero pienso que quizá ha llegado el momento de largarse de allí –la policía, el frío, la verdad es que he bebido



THE BOO DEVILS

© 2013 Loida Díez. Todos los derechos reservados
www.theboodevils.com

demasiado...-. Pero *the devil*, que es como es, no lo permite, echa un poco más de bourbon en mi copa y se marca una sonrisa de oreja a oreja un tanto insultante. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que no va a ser fácil meter todos los instrumentos en el coche de Larookie cuando llegue. Y el contrabajo no cabe. Entonces *the devil* se introduce en el graffiti psicodélico de la pared en la que estoy apoyada y desde allí me susurra: no te preocupes tanto...

Grabbed my 44' this morning / Iron tastes fine in my mouth / Running out of bullets, running out of good ol' times... / Got no tattoos of my lovers/ They all drowned in bourbon shots / Got no fellas, got no family, got no future, got no past...

De nuevo luces azules, pero un poco a lo lejos. Diego, Manu y Al aún tienen tiempo de mimetizarse con el graffiti de la pared y deciden recorrer una especie de espiral con ojos. Allí se mueven los tres, casi a la vez. Brindar con *the devil* tiene estas cosas. Los demás sacamos algunas fotos y todas nos parecen bastante oportunas. Entonces, como caída del cielo negro, al fin aparece Viki Larookie en un flamante Cadillac verde. Nadie se atreve a decir nada, quizá porque todos sabemos que hay cosas que es mejor no explicar si queremos hacer que duren. El coche de policía se acerca y se detiene junto al Cadillac, como un perro que olisquea a otro. Viki, feliz al volante, baja la ventanilla y canturrea una melodía de Johnny Cash. Los demás, silenciosos y obedientes, nos disponemos a meter en el maletero las guitarras enfundadas, los platos, los pies y las púas. Alguien levanta una mano en dirección a los agentes, como si los conociera de toda la vida y les dijera adiós. Daos prisa, dice uno de ellos, en cinco minutos quiero la acera vacía. A pesar del tono áspero con que lo ha dicho, el coche de la policía se aleja con el rabo entre las piernas, humillado. Joe se acerca a la ventanilla de Viki y le propone conducir él. Larookie contesta mientras echa el humo de su cigarrillo: ni lo sueñes, chaval, yo lo he encontrado y yo conduzco. A ver dónde nos lleva...

